

## **VEJEZ**

---

Peter Laslett

### **1. Introducción**

Hasta hace más bien pocos años, el estudio de la edad y de la vejez ha tenido una posición del todo marginal en el ámbito de las temáticas exploradas por las ciencias sociales, y ha quedado subordinado, sobre todo a nivel teórico, al estudio de la clase, de los géneros y de la cultura. La gerontología, es decir el estudio general del envejecimiento, tendía a ser asimilada a la geriatría, la rama de la medicina que se ocupa del tratamiento terapéutico de los procesos morbosos y degenerativos típicos de la edad avanzada, y a ser absorbida en el estudio empírico de las políticas de bienestar. No obstante el estudio del «anciano», o sea de la clase de individuos de edad avanzada que se han retirado de la vida activa, se ha desarrollado como subdisciplina autónoma, separada de las otras ciencias sociales, pero con una conspicua literatura, sobre todo en Estados Unidos.

En este artículo no nos vamos a ocupar de la gerontología, sino del fenómeno mismo de la vejez en sus aspectos demográficos, antropológicos y sociales. Como consecuencia del rápido envejecimiento de la población occidental después de los años cincuenta, con sus profundas repercusiones sobre las estructuras sociales, hoy se suele atribuir a la vejez la importancia que le espera como una de las cuatro fases fundamentales de la vida tanto individual como social, y quizás la más significativa. El fenómeno de la vejez es realmente universal y tiene que ver con todos los hombres en cuanto seres biológicos, y por tanto trasciende toda distinción social, sexual, étnica, política, cultural e institucional. El envejecimiento es un proceso inevitable e incesante, que afecta a todos los aspectos de la vida e impone una modificación y una sustitución continua de los actores en cada

contexto. Obviar la influencia de este fenómeno sobre las vivencias humanas significa ignorar el carácter procesal y dinámico de los hechos y de las situaciones estudiados por las ciencias sociales (v. Laslett y Fishkin, 1992).

Aunque sea sólo circunscrita al sentido ahora indicado, un reconocimiento exhaustivo de nuestra temática tendrá que revestir una multitud de aspectos —desde las bases biológicas del envejecimiento hasta las perspectivas futuras de la sociedad en que está en marcha el fenómeno del envejecimiento de la población, que hoy comprenden en la práctica a todas las sociedades contemporáneas. Ello requerirá necesariamente una aproximación interdisciplinar en la que entren en juego psicología, medicina, demografía, economía, antropología, sociología, política, y no sólo un análisis de tipo explícitamente histórico —la demografía histórica en particular, sino también la historia comparada de las culturas. El fenómeno del envejecimiento, además, incide sobre todo el proceso vital del individuo, y también sobre la composición y el desarrollo de la totalidad de la población, y en consecuencia su estudio no debería estar limitado a las edades más avanzadas, sino que tendría que tomar en consideración también los otros estadios de la vida —infancia, adolescencia y madurez. Aquí, sin embargo, tendremos que realizar una cierta selección y conformarnos con un análisis más bien general de muchos aspectos, focalizando la atención sobre los estadios más avanzados más que sobre el ciclo vital en su totalidad. Sin embargo, no iremos mucho más allá en esta dirección, como hace la gerontología clásica, que podría ser redefinida como ciencia de la senescencia, y no nos ocuparemos de la muerte. El objetivo que nos proponemos es el de ofrecer un cuadro de la situación actual del conocimiento sobre el mayor número posible de aspectos de la vejez y del envejecimiento en la perspectiva de la sociología histórica contemporánea. Examinaremos, además, algunas de las muchas cuestiones actualmente objeto de debate en las ciencias sociales, y prestaremos igualmente una cierta atención a las políticas en favor de la vejez en el mundo contemporáneo. Por la instintiva y universal repugnancia ante el envejecimiento y la muerte, por la influencia de la moda y la importancia casi obsesiva hoy atribuida a la juventud, al aspecto y a los comportamientos juveniles, la vejez es un asunto impopular, a menudo apartado y desplazado por deprimente y aburrido. En el estado actual de las cosas, sin embargo, nada podría ser más injustificado. El análisis científico de la vejez es altamente estimulante, y reviste una importancia que trasciende los confines —por otro lado bastante extensos— del fenómeno mismo.

## 2. Las bases biológicas del envejecimiento

El envejecimiento del organismo humano se estudia actualmente sobretodo a nivel celular, a la luz de la biología molecular por un lado y del evolucionismo darwiniano por el otro. Se trata de un fenómeno relevante también para las ciencias sociales, además de para la genética, la fisiología y la medicina. El concepto darwiniano de *fitness* indica el número de descendientes que sobreviven y se reproducen en la generación siguiente, en esencia la cantidad de genes transmitidos. Según la teoría de Darwin, en el proceso de evolución son seleccionadas aquellas características de los individuos que permiten la procreación y la supervivencia del mayor número de individuos. En consecuencia, la prolongación de la vida más allá de la edad reproductiva estaría privada de valor desde el punto de vista de la evolución y, por tanto, de la biología. Sin embargo, las mujeres en las sociedades adelantadas contemporáneas sobreviven de media al menos treinta años después de la menopausia, que señala el fin de la edad fecunda. En Inglaterra, la esperanza media de vida al nacer ha superado la media de edad reproductiva por al menos dos siglos. Por lo tanto, alrededor de un quinto del arco vital de la población femenina resulta inútil desde el punto de vista de la evolución, y lo mismo vale para una porción aparentemente superior, pero no precisada, del arco vital de la población masculina. Como ha afirmado a este propósito una insigne autoridad de nuestro siglo, estas circunstancias explican por qué el envejecimiento humano constituye «un problema sin resolver» (v. Medawar, 1952).

Una ampliación de la definición del concepto de *fitness*, que incluya el cuidado de la prole hasta el momento en que ella misma está en situación de reproducirse, daría un significado evolutivo a estos años inútiles (desde el punto de vista biológico) vividos actualmente por la gran mayoría de los hombres y mujeres del mundo occidental. Pero este interludio extra debería extenderse posteriormente hasta incluir el cuidado de los nietos, con el fin de dar cuenta del período de supervivencia pos-reproductiva que constituye actualmente una característica de las poblaciones occidentales y que se va difundiendo por el resto del mundo. Ya que el cuidado e incluso la socialización de la segunda generación, es un fenómeno que se va afirmando a gran escala en las sociedades desarrolladas, y la posibilidad de que ello tenga una base evolutiva reviste un notable interés para los estudiosos de las ciencias sociales. La idea de un *fitness* inclusive que en años recientes empieza a ser aceptada por los biólogos, podría explicar este desarrollo.

Existen numerosas teorías sobre la vejez y sobre el envejecimiento, que ponen de manifiesto la extrema complejidad de la problemática (v. Kirkwood y Franceschi, 1992). Quizás la hipótesis más convincente desde el punto de vista de la sociología es la del «soma desechable» propuesta por Kirkwood y por Holliday (v. Kirkwood, 1981; v. Kirkwood y Rose, 1991; v. Holliday, 1995), según la cual habría una *trade-off*, es decir un intercambio entre reproducción y supervivencia: los organismos pueden invertir recursos o bien en la reproducción o bien en la reparación o conservación del ADN. La teoría de los dos autores abre interesantes perspectivas al estudio de sociología histórica. Se nos podría preguntar, en efecto, si es posible que en la interacción entre evolución biológica y evolución social, dada en los últimos años, el decrecimiento neto de la fertilidad en las sociedades desarrolladas tiene la capacidad de poner a disposición recursos somáticos para favorecer el incremento igualmente vistoso de la esperanza de vida que se observa actualmente en las fases avanzadas de la vida.

### 3. La psicología de la vejez

La biología y la medicina proporcionan, por lo demás, un número creciente de indicaciones en cuanto a las características y las condiciones del anciano, la época del ciclo de vida en que se da el declive físico y mental, la extensión de tal declive, sus variaciones de un individuo a otro, además de sus consecuencias sobre las condiciones de vida individuales (para un cuadro de las investigaciones conducidas en los años noventa v. Binstock y otros, 1996<sup>4</sup>). Bajo todos estos aspectos, la psicología de la edad senil juega un papel de vital importancia, en cuanto se basa, en lo posible, en datos longitudinales recogidos a lo largo de un determinado período de tiempo para la misma muestra de individuos. Por lo que resulta de este tipo de pesquisas, los sujetos más ancianos están comprensiblemente más expuestos a las enfermedades y a los procesos degenerativos que los más jóvenes. Ahora bien, las enfermedades contagiosas son comunes a todas las edades, actualmente están en franca recesión. No existen afecciones morbosas conocidas que atañan exclusivamente a los ancianos, y el envejecimiento mismo no es en absoluto ninguna enfermedad. El suicidio ha resultado ser más frecuente entre los individuos más ancianos sobretodo de sexo masculino, y tiene su máxima incidencia en ambos sexos en la fase terminal del ciclo de vida. Sin embargo, la tasa de suicidios ha experimentado un claro descenso entre los años cuarenta y los ochenta en Inglaterra (v.

Charlton y Mike, 1997). La patología conocida como demencia senil es objeto de estudio por parte de los psiquiatras, psicólogos y médicos. Desgraciadamente, la enfermedad más difundida entre los ancianos resulta ser la de Alzheimer, una enfermedad mental particularmente grave y que requiere cuidados y asistencia bastante comprometidos y pesados, de manera que los que se ocupan de estos enfermos son ellos mismos objeto de estudio y tratamiento médicos. La cuestión más delicada que surge a este propósito es si tal deterioro afecta inevitablemente a todos los individuos más allá de un cierto límite de edad, como sostienen algunos estudiosos, o bien si la dolencia de Alzheimer es una enfermedad específica, con su propia etiología, y por tanto es posible controlarla y, previsiblemente, curarla (v. Huppert y otros, 1994).

A la luz de los descubrimientos de estas disciplinas pueden efectuarse las ulteriores generalizaciones. Los estereotipos negativos, ampliamente (si no universalmente) difundidos, de los ancianos como personas cuyas funciones físicas y mentales están inevitablemente comprometidas son del todo injustificados, demostrándose empíricamente falsos para la mayor parte de los años de vida de esta clase de individuos. El declive que se da es por norma lo bastante gradual como para que resulte aceptable para los que están en la tercera edad y en consecuencia para el resto de la sociedad. El error de principio consiste en asumir que la senilidad y la total dependencia típicas de la que llamamos «cuarta edad», es la condición normal de todos los grupos de edad dentro de la gran clase de los ancianos y de los viejos. Este gran error de clasificación podría ser considerado un ejemplo significativo de la tiranía disciplinar analizada por Foucault (v. Katz, 1996), pero reconocida también por otros autores que se han ocupado de la problemática de la vejez (v. Young y Schuller, 1991; v. Laslett, 1989). Recientemente, además, se ha ido desarrollando un nuevo programa de investigación, la gerontotecnología, que se vale de la aportación de las disciplinas especializadas antes mencionadas, de equipos de técnicos y proyectistas, además de los mismos ancianos (v. Coleman, 1993 y en imprenta; v. Laslett, en imprenta). La gerontotecnología se propone compensar las pérdidas de funcionalidad más o menos graves que se dan con el transcurso de la edad, y constituye una forma sólida y concreta de reintegración de las capacidades del sujeto.

No puede ignorar, no obstante, la alta incidencia de la invalidez entre los ancianos. La enfermedad de Alzheimer afecta en Europa al 0,3% de los hombres y al 0,4% de las mujeres en la franja de edad de 60 a 69 años, y tales porcentajes suben respectivamente al 2,5% y al 3,6% para la franja de edad de 70 a 79 años, y al 10% y al 11,2% para la de 80-89

años. Además, no todos los años de vida suplementarios son vividos por los más ancianos en buenas condiciones de salud. La esperanza de vida sin invalidez es inferior en más del 5% a la esperanza de vida *tout court*, y esto vale en mayor medida para las mujeres, que no obstante son más longevas que los hombres en casi todas las sociedades (v. Robine y otros, 1993). Igualmente significativa es la incidencia de las enfermedades, que tienden a registrar un claro incremento entre los sesenta y los setenta años (v. Riley y otros, 1994). Está en marcha una profunda investigación sobre el proceso de envejecimiento y sobre las condiciones de vida de los ancianos, que parte de una distinción entre envejecimiento patológico y envejecimiento «conseguido», y considera factores como el género, la raza, la cultura, la familia de origen, la situación habitativa, el nivel de renta, la profesión, el retiro de la vida activa, además de elementos psicológicos como el ansia, la depresión y la soledad (v. Binstock y otros, 1996<sup>4</sup>; para la situación en el Reino Unido v. *Carnegie enquiry...*, 1993).

Es comprensible que buena parte de la investigación psicológica sea dedicada al estudio del progresivo decaimiento en las facultades cognitivas e intelectivas con el avance de la edad. Tal investigación ha demostrado que, en tanto que gradual y aparentemente privado de sobresaltos bruscos, tal declive varía de un individuo a otro a la par que el declive físico, e incide más fuertemente sobre la dicha «inteligencia fluida» —agilidad, originalidad, audacia— que sobre la inteligencia «cristalizada» —sabiduría y capacidad de discernimiento (v. Mayer y Baltes, 1996, pp. 359-363). La capacidad de resolver problemas prácticos persiste más tiempo, incluso más allá de los cien años de edad (v. Poon, 1989). Sin embargo, según estos estudiosos, el envejecimiento en general tiene un efecto de reducción total de las capacidades mentales, particularmente de la creatividad, y no obstante los célebres casos de significativas realizaciones en el campo intelectual, y sobretudo artístico, de individuos en las franjas de edad de los setenta, ochenta y noventa años (v. Lehmann, 1953; v. Posner, 1995).

Lo que se refuerza con el avance de la edad es, en cambio, una facultad atribuida tradicionalmente a los ancianos, o sea la sabiduría, lo que los psicólogos definen en términos de satisfacción existencial. Pero la satisfacción no se puede medir ni juzgar con criterios científicos o médicos, y está ligada sobretudo al ambiente y a las estructuras sociales, además de a factores intelectuales y culturales. Lo mismo vale para la creatividad, y quizás de hecho, en diversa medida, para toda la gama de las facultades mentales. Si se tienen en cuenta las variables sociales, las metas al alcance de los ancianos en el mundo contemporáneo po-

drían ser vistas en una perspectiva bastante optimista, al menos respecto a la imagen proporcionada por los testimonios de biólogos, psicólogos y médicos. A pesar de las excepciones reconocidas y el extraordinario progreso de la medicina geriátrica, el panorama que emerge de la literatura médica y científica sobre la cuestión es en general más bien deprimente. La tendencia inequívoca, que encontramos también en las organizaciones tanto profesionales como voluntarias para la asistencia a los ancianos, es la de considerar a las personas ancianas como privadas de toda autonomía. Un octogenario que vaya a participar en un encuentro sobre geriatría, gerontología o incluso de gerontotecnología sentirá subrayar con tal insistencia sus presuntas incapacidades que acabará maravillándose del hecho mismo de poder estar presente en él.

#### **4. El envejecimiento de la población**

La tabla I muestra en la columna de la izquierda una lista de nueve países donde los mayores de sesenta años representan más de una décima parte de la población, y en la columna de la derecha una lista de otros nueve países con un porcentaje inferior de individuos en esta franja de edad.

Las aparentes incongruencias entre los datos relativos a las cifras de ancianos y los relativos a la esperanza de vida se explican con el hecho de que las dimensiones relativas de las franjas de edad más avanzadas no son determinadas exclusivamente por la supervivencia de los individuos que viven lo suficiente para entrar en la categoría en cuestión, o sea por la mortalidad, sino por las dimensiones relativas de los grupos de edad jóvenes. La fecundidad actual y reciente determina el número de los jóvenes. Para incidir sobre la composición de la población las tasas de natalidad y de mortalidad deben permanecer constantes durante un cierto número de décadas —y de aquí surge el carácter dinámico de todo análisis demográfico. Los países desarrollados han experimentado una caída de la fecundidad durante un período considerablemente largo, y en años recientes sus tasas de natalidad se han vuelto extraordinariamente bajas; esto ha determinado una drástica reducción del número de jóvenes sobre el total de la población y un aumento del número de ancianos. También el constante incremento de la esperanza de vida en dichos países de la columna de la izquierda de la tabla contribuye a aumentar la cifra relativa de los grupos más ancianos, y según las previsiones demográficas todo ulterior envejecimiento de la población de estos países se deberá enteramente o en gran medida a una baja y decreciente

mortalidad. La tasa de natalidad en Italia, como ejemplo, es la más baja entre las de los países mostrados en la tabla, y una de las más bajas del mundo. A menos que el modesto incremento de la natalidad observado al final de los años noventa no alcance proporciones más significativas, parece inevitable un ulterior envejecimiento de la población italiana debido al bajo (y en disminución) nivel de mortalidad. Una masiva inmigración podría paliar en alguna medida esta tendencia, ya que los inmigrantes están en mayoría en la primera edad adulta, pero se trata de una eventualidad altamente improbable.

Es inevitable, naturalmente, que a largo plazo se dé una reducción de la población total en todos los países donde la tasa de fecundidad es inferior al nivel de sustitución —condición común a todos los países que figuran en la columna de la izquierda en la tabla. Sin embargo para varias décadas no se prevé una reducción significativa de la población, principalmente a causa del aumento constante de la supervivencia. La

**Tabla I**

Porcentaje de mayores de sesenta años de ambos sexos sobre el total de la población y esperanza de vida al nacer de la población femenina ( $e^0$ ) en algunos países. Estimaciones relativas a los años noventa

	60+	$e^0$
Suecia	22,8	80,9
Italia	20,8	81,5
Reino Unido	20,7	79,4
Alemania	20,6	79,2
Grecia	20,5	80,3
Francia	19,4	82,0
Hungría	19,1	75,7
Japón	17,2	82,2
Australia	15,6	73,8
Chile	9,3	76,8
Jamaica	9,1	75,8
China	8,9	71,7
Singapur	8,9	71,7
Sri Lanka	8,0	73,7
Camerún	4,9	53,1
Bangla Desh	4,8	52,5
Afganistán	4,4	42,7
Mozambique	4,1	45,6

población ha empezado a envejecer después de lo que los demógrafos definen como «transición demográfica». Ésta se caracteriza por un sensible decrecimiento de la natalidad, debido casi por completo al control voluntario de los nacimientos, que se da al mismo tiempo que una disminución igualmente significativa de la mortalidad, o a corta distancia de ésta, llevando a un incremento notable de la esperanza de vida (v. Rowland, 1984; v. Chesnais, 1986). Algunos consideran una transformación demográfica de este tipo como un elemento constitutivo del proceso de desarrollo o de modernización, y de hecho las sociedades de todos los países de la columna de la izquierda en la tabla I son modernas o posmodernas, mientras que las de los países de la columna de la derecha son sociedades preindustriales subdesarrolladas o en vías de desarrollo.

Sorprende, pues, el hecho de que la esperanza de vida en las poblaciones de cinco de los nueve países de la columna de la derecha sea de más de 70 años, casi la misma que se encuentra en los países desarrollados. Esto autorizaría a concluir que el envejecimiento de la población no es una prerrogativa exclusiva del modelo de modernización puesto a menudo bajo acusación. Actualmente, un número creciente de individuos de las sociedades «premodernas» subdesarrolladas y en vías de desarrollo puede tener una media de vida considerablemente larga.

Hasta años recientes los demógrafos, así como la mayoría de estudiosos de la vejez, incluidos los biólogos, asumían que la media de vida de los seres humanos tenía límites bien definidos, dados por la naturaleza, en cuanto que cada especie se caracteriza por una duración de la vida específica. Sobre el número exacto de años de la vida humana media, no obstante, las opiniones eran más bien discordantes, si bien en general se asumía un valor superior a los 100 años. La investigación más reciente, sin embargo, ha suscitado dudas sobre la validez de tales asunciones (v. Hayflick, 1994; v. Holliday, 1995; v. Gavrilov y Gavrilova, 1991), y por tanto se empieza a cuestionar la medición adecuada del envejecimiento de la población.

La media de edad a la muerte en una población dada, además del porcentaje de individuos en los grupos de edad más ancianos y el número medio de años vividos después de una edad  $x$  (esperanza de vida), representan los criterios oficiales de medición y se usan universalmente. Sobre ellos ha insistido de modo particular la Francia del final del siglo XIX y de la segunda posguerra, períodos en que la perspectiva del declive nacional se asociaba al decrecimiento demográfico y al envejecimiento de la población. Evidenciando el vicio ideológico que imprime el método oficial, Patrice Bourdelais (v., 1993) ha propuesto un

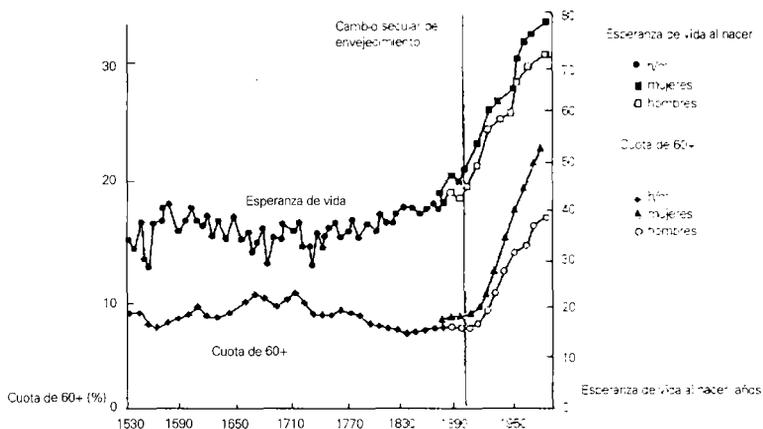
nuevo índice basado en el aumento o disminución de la edad anagráfica a partir de la cual queda todavía por vivir un número determinado de años. En base a esta medida, la población de Francia resultaba estar ligeramente rejuvenecida en el período durante el que se asumía, en cambio, que estaba drásticamente envejecida.

## 5. La demografía y la sociología históricas del envejecimiento

### 5.a. *El momento clave secular del envejecimiento de la población*

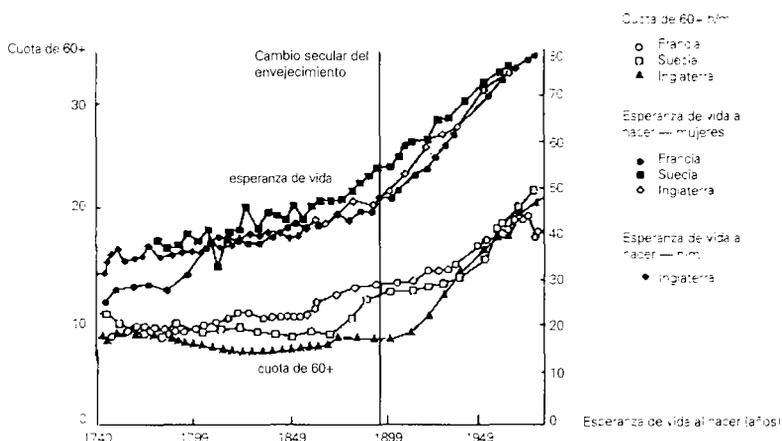
Las figuras 1 y 2 muestran los cambios dados en el transcurso del tiempo en la esperanza de vida y en la cifra de mayores de sesenta años en la población de un cierto número de países.

De tales gráficos surgen dos características del envejecimiento de la población. En primer lugar, su andadura es relativamente constante en arcos de tiempo más bien extensos, de conformidad con las previsiones demográficas, no obstante la conexión indirecta entre duración media de vida y estructura por edad de las poblaciones. La segunda característica está constituida por la brusca subida de todas las curvas en ambos diagramas, producida hace cerca de un siglo, que corresponde a la que se indica como «momento clave secular del envejecimiento». En Inglaterra el fenómeno se da un poco antes y parece un poco más brusco que en los otros países, pero a este respecto conviene tener en cuenta la diferencia de escala en los dos diagramas. Se prevé que en China y en otros países en vías de industrialización el proceso será todavía más rápido (v. Laslett, *Necessary...*, 1996). Los dos fenómenos citados incorporan prácticamente todo lo que se sabe sobre la marcha histórica del envejecimiento de la población. Se trata, por otro lado, de datos incompletos, ya que los gráficos representan los fragmentos finales de un período que, por lo que sabemos, se extiende atrás en el tiempo por centenares y millares de años, alcanzando nada menos que las primeras apariciones de asentamientos humanos estables (v. Wrigley y Schofield, 1981; v. Wrigley y otros, 1997).



**Figura 1**

Esperanza de vida al nacer y porcentaje de mayores de sesenta años en la población: Inglaterra, 1540-1990. (De Laslett, Necessary..., 1996)



**Figura 2**

Esperanza de vida al nacer y porcentajes de mayores de sesenta años en la población: Inglaterra, Francia y Suecia, 1740-1990. (De Laslett, Necessary..., 1996)

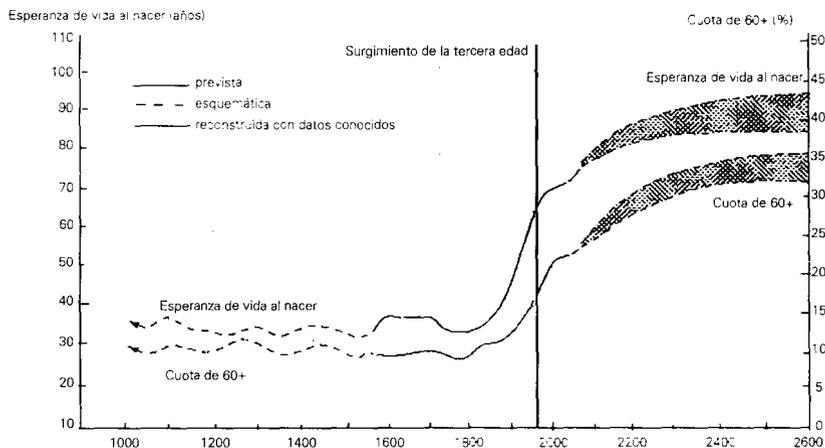
Datos para Inglaterra (valores por quinquenios)

Valor medio de la esperanza de vida al nacer 1741/5-1871/5 36,45 años (mínimo 27,77, máximo 41,68)

Media 60+ 8,31% (mínimo 6,54%, máximo 10,08%)

Sin embargo, sobre la base de estos datos se puede concluir que las sociedades contemporáneas, particularmente las desarrolladas, junto con las que están en vías de desarrollo, son excepcionalmente viejas, y están envejecidas repentinamente según los criterios temporales de los historiadores, e instantáneamente según los de los biólogos. Actualmente vivimos en una época que nos hace muy diferentes de todos nuestros predecesores. Y, sin embargo, la visión tradicional y profundamente arraigada de la vejez no ha sido todavía abandonada, ni reconocida por lo que es. Nuestra perspectiva está viciada por un retraso estructural (v. Riley y otros, 1994) o por una falsa consciencia (v. Laslett, 1989) respecto del problema de la edad y de la vejez. Pues el momento clave del envejecimiento se ha dado en la mayoría de los países algunas décadas después de la transición demográfica clásica y algunos demógrafos la consideran parte de una segunda transición que estaría en curso en Europa, lo cual también implica modificaciones fundamentales en la formación de la pareja, en las relaciones familiares, en la educación de la prole, en los comportamientos sexuales y reproductivos —dando lugar en particular a una drástica reducción en el número de hijos (v. Van de Kaa, 1987).

La figura 3 ilustra a grandes rasgos el momento clave secular del envejecimiento en el Reino Unido en un arco temporal muy extenso. En este país, así como en otros países de lengua anglosajona y en Francia, la primera transición demográfica se ha dado entre finales del ochocientos y principios del novecientos, mientras que en Italia y en otras áreas europeas ésta se ha producido algunas décadas más tarde, y se encuentra todavía en desarrollo, o aún tiene que darse, en Japón, en el resto de Asia y en los países en vías de desarrollo. La segunda transición demográfica está indicada con las curvas a derecha e izquierda de la línea vertical que señala el surgimiento de la tercera edad. El envejecimiento de la población se ha dado a grandes rasgos al mismo tiempo que los cambios sociales antes mencionados, que incluyen también una profunda modificación de las fases precedentes del curso de la vida, como la rebaja de la edad en la pubertad —que se produce hacia los doce años o incluso menos para las niñas, y unos meses después para los niños— y que podrían relacionarse de muchas maneras con la «protesta juvenil» de los años sesenta. Todos estos desarrollos simultáneamente contribuyen a determinar el momento clave del envejecimiento, que se puede considerar la característica sobresaliente del envejecimiento en las sociedades contemporáneas (v. Laslett, 1989). Sería más adecuado, pues, relacionar el envejecimiento de la población a la segunda transición demográfica europea, más que a la primera. Pero, por



**Figura 3**

Cambio secular del envejecimiento: Inglaterra, 1000-2600.

(Da Laslett, *Necessary...*, 1996)

alcance y proporciones, tal transformación tiene una incidencia bastante mayor respecto a otros desarrollos asociados a la segunda transición demográfica, y no tiene con ellos demasiados elementos en común por lo que atañe a los factores causales, excepto el descenso de la fecundidad. El error que se debe evitar es sacar la fácil conclusión de que toda sociedad donde se da un envejecimiento radical de la población experimenta también necesariamente las otras transformaciones asociadas a la segunda transición demográfica europea.

El aumento de la media de vida y el envejecimiento de la población son considerados por norma como una consecuencia de los progresos de la medicina y de la elevación de los estándares de vida determinada por la movilización económica, en particular por las mejoras en la nutrición. Parece que no hay dudas sobre la corrección de esta cuestión, y ello significa que los grupos de población que tienen un estándar de vida mejor en términos de condiciones de habitabilidad, sanitarias y nutricionales, es decir las clases medias-altas y las elites, son o han sido más longevos que los otros, en concreto los pobres. Sin embargo, se ha descubierto (v. Cornaro, 1923) que una dieta con bajo contenido calórico se asocia a una mayor capacidad de supervivencia en los experimentos biológicos, y la demografía histórica ha demostrado que los grupos sociales privilegiados no viven necesariamente más tiempo que

el resto de la población, mientras que los pobres muestran una sorprendente longevidad (v. Laslett, 1996<sup>2</sup>).

### 5.b. CENTENARIOS Y GRANDES ANCIANOS

El profundo impacto estructural del momento clave secular del envejecimiento sobre todos los aspectos de la vida exige considerar la vejez no solo bajo el perfil demográfico, sino también en sus efectos sociales y económicos. Una contribución válida en este sentido nos viene ofrecida por la sociología histórica y por la antropología comparada.

El estudio de los grandes ancianos y en particular de los centenarios siempre ha constituido uno de los principales intereses de la gerontología, y adquiere una importancia especial hoy en día que viene siendo analizado de un modo más científico. Las estadísticas están claras: en 1960 había 1.750 centenarios en los catorce países para los que disponemos de datos más fiables, lo que equivale a una cuota de un 5,3 por millón de habitantes. En 1990 su número aumentó a 18.394, y su cuota al 45,1. En cuanto a los octogenarios y nonagenarios —los llamados «grandes ancianos»— su número total ha aumentado en el mismo período de 6.4 millones a 16,4 millones en veinticinco países, y sus cuotas del 1,42% al 3% (v. Kannisto, 1994, tablas 5 y 4).

No hay duda de que los grandes ancianos representan el sector de la población que va aumentando más rápidamente en las sociedades avanzadas contemporáneas. No obstante, el estudio objeto de este fenómeno encuentra notables dificultades, ya que a menudo la manía por encontrar nuevos centenarios ha llevado a la falsificación de los datos anagráficos. El espíritu crítico, esencial en el comportamiento científico, se ha impuesto bastante tarde en este campo de la investigación, y todavía no se ha consolidado de manera total. Persiste, así, la creencia (del todo infundada) que en algunas áreas, como por ejemplo en las zonas montañosas del Cáucaso, los centenarios abundan. Un justo escepticismo ha empezado a abrirse camino desde hace sólo un siglo (v. Thoms, 1873 y 1879<sup>2</sup>), y la historia de los centenarios podría definirse correctamente como la historia de un engaño. Los datos provenientes de fuentes fiables, allí donde existan, desmienten clamorosamente los testimonios (digamos un poco fantasiosos) ofrecidos por los textos religiosos, filosóficos y literarios desde la antigüedad en muchas partes del mundo. Sin embargo, las genealogías chinas proporcionan datos bastante fiables que se remontan hasta antes del año 1000. De estos datos resulta que sobre una muestra de dos mil individuos de sexo masculino sólo uno había alcanzado el siglo, muriendo a los cien años en 1513, y

entre las mujeres, que se mencionan solamente en ocasiones, una parece haber muerto a la edad de 103 años en el siglo XIII. Otro número exiguo de individuos había alcanzado la edad de 95 años (v. Zhao, 1995).

Una investigación sistemática de ulteriores casos y un examen riguroso de su autenticidad podría dejarnos en condiciones de establecer si la Sra. Calment (v. Robine y Allard, 1995), que en Arles, en el sur de Francia, el 22 de febrero de 1997 cumplió 114 años, es realmente la persona más anciana que haya existido nunca, y si el danés-americano de 114 años recientemente descubierto en Berkeley, California, es de hecho el hombre más viejo que hay (v. Wilmoth y otros, 1996). Todos los otros testimonios de individuos que han vivido todavía más tienen que ser desechados por infiables, aunque los estudiosos tienden hoy a rechazar la idea de un límite máximo de edad en la duración de la vida. Un dogma de la biología ha sido puesto en crisis por la sociología histórica.

La hipótesis de que el número de los grandes ancianos está destinado a aumentar en el futuro es, por otro lado, extremadamente controvertida. Algunos estudiosos sostienen que la expansión de los grandes ancianos no hará otra cosa que detenerse, si prescindimos de un eventual límite máximo en la duración de la vida, y que está surgiendo ya una tendencia a la reducción de la marcha del fenómeno (v. Olshansky y Carnes, 1994), mientras que otros son de la opinión de que no hay señal alguna de una recesión tal (v. Kannisto y otros, 1994). Es superfluo subrayar la importancia de estas previsiones. El coste social de los grandes ancianos es bastante alto, tanto en términos financieros (ya que se trata de individuos que tienen la mayor probabilidad de vivir en instituciones), como en términos de necesidad de asistencia personal. La incidencia de la institucionalización, sin embargo, no debería ser sobrevalorada todavía, porque en las sociedades europeas corresponde sólo un anciano sobre veinte, y por los datos que están a nuestra disposición resulta que siempre ha sido así.

En relación a la duración máxima de la vida, hace unos quince años se formuló una hipótesis que ha suscitado un notable interés, si no por otra cosa porque parece encarnar una esperanza de la que más o menos todos nos nutrimos. Se trata de la hipótesis de la llamada rectangularización de la curva de supervivencia (v. Fries, 1980 y 1989; v. Fries y Crapo, 1981). No podemos detenernos ahora, ni aquí, en los particulares técnicos de este modelo; baste con indicar que, según las previsiones de Fries y Crapo, las enfermedades se irán concentrando en la primera fase del intervalo de edad comprendido entre los 80 y los 89 años, lo que significa una media de edad al morir de 85 años. Al acercarnos a

esta edad, todos moriremos de muerte natural —el tipo de muerte que todo el mundo se desea. Es opinión común que una cierta comprensión de la movilidad y de la mortalidad será inevitable en la franja de edad ocupada por los grandes ancianos, pero el creciente número de nonagenarios y el hecho de que la edad al morir puede superar incluso en cuarenta años la fecha del octogésimoquinto cumpleaños hablan en contra de esta hipótesis, y los médicos confirman que la perspectiva de una muerte natural generalizada para los ancianos continua siendo lejana, como en el pasado.

Los estudios de simulación relativos al número de las relaciones parentales, que son (com es obvio) demográficamente determinadas, revisten sin duda una notable importancia en la investigación sobre la vejez (v. Bongaarts y otros, 1987). Tales estudios han demostrado, por ejemplo, que el número de los primos en Italia está destinado a disminuir drásticamente a largo plazo, especialmente si el nivel de natalidad (que ha alcanzado su mínimo histórico) no muestra signos de recuperación (v. Laslett y otros, 1993). Los cambios demográficos influyen sobretodo sobre la parentela colateral, y la perspectiva de una reducción del número de primos a un quinto o incluso a un décimo de su nivel tradicional está destinada a alterar la vida social de todas las franjas de edad. En el caso de Italia, los más ancianos no podrán contar con sus parientes colaterales para el apoyo que sus hijos ya no les pueden ofrecer, debido a la drástica reducción de la natalidad.

El número de los familiares tiene una gran relevancia en el análisis de la posición en el interior de la familia y de las relaciones parentales de los ancianos en general, que examinaremos en el próximo apartado.

##### 5.c. LA POSICIÓN DENTRO DE LA FAMILIA Y LAS RELACIONES PARENTALES DE LOS ANCIANOS

La presencia y el papel de los familiares para los ancianos se han convertido en un tema controvertido desde que, hace veinticinco años, ha sido demostrado que en Inglaterra y en toda la Europa noroccidental al menos durante tres siglos los grupos familiares han sido de dimensiones bastante reducidas y de composición simple (v. Laslett, 1996<sup>2</sup>, cap. 8). Por lo que se refiere a este área, por lo tanto, la hipótesis de una nuclearización de la familia como resultado del proceso de modernización resulta completamente injustificada. Tanto en esta región de Europa como en los Estados Unidos la comunidad, el Estado, la Iglesia y las instituciones caritativas se han hecho cargo de los ancianos en la misma manera (si no en medida mayor) que los familiares.

Además, existen notables diferencias en lo que a esto se refiere tanto entre las muchas regiones del continente europeo, como entre Europa, Asia y otras áreas del mundo. Sin embargo, algunos datos pueden ayudarnos a establecer en qué medida los ancianos vivían con los hijos y otros miembros de la familia o bien solos en la Europa occidental del pasado; la comparación con la situación actual destacará el aumento impresionante del número de ancianos que viven solos o solamente con su pareja, sin hijos u otros parientes, en las sociedades contemporáneas.

Los datos indicados en las tablas II y III son bastante significativos. El hecho de que en Gran Bretaña en los años ochenta no menos del 80% de las personas casadas de sesenta y cinco años y más viviera solamente con su pareja, mientras que los dos tercios de los individuos de sexo masculino no casados en la misma franja de edad y los tres cuartos de las mujeres vivieran solos es bastante excepcional. Y lo es aún más si pensamos que, como han evidenciado algunos estudios de simulación, en los años ochenta los ancianos pudieron contar con un núme-

**Tabla II**

Posición familiar de los mayores de sesenta y cinco años, Inglaterra y Gales

Modelos residenciales		Inglaterra (%)		13 localidades inglesas y galesas	
		campo <sup>(1)</sup>	ciudad <sup>(2)</sup>	1891	1921
Hombres	solos	2	3 y 5	5	6
	ningún pariente	11	8 y 15	13	11
	sólo cónyuge	19	24 y 10	16	18
	cónyuge y otros <sup>(a)</sup>	15	11 y 13	12	10
	hijos <sup>(b)</sup>	49	54 y 54	48	52
	otros parientes <sup>(c)</sup>	4	0 y 3	6	6
Mujeres	solas	16	15 y 8	11	11
	ningún pariente	16	34 y 31	13	10
	sólo cónyuge	17	8 y 3	10	12
	cónyuge y otros <sup>(a)</sup>	9	7 y 7	7	5
	hijos <sup>(b)</sup>	37	34 y 46	47	52
	otros parientes <sup>(c)</sup>	5	2 y 5	12	10

(1) 5 pueblos, 1599-1796

(2) Lichfield, 1622, Stoke-on-Trent, 1701

(a) ningún hijo

(b) con o sin otros

(c) ni cónyuge ni hijo

Fuente: Laslett, 1996<sup>2</sup>, tabla 8.1; Wall, 1996, tablas 2.2 y 2.4.

**Tabla III**

Posición familiar de los mayores de sesenta y cinco años: Gran Bretaña 1962-1981

		Hombres (%)		Mujeres (%)	
		1962	1980/1981	1962	1980/1981
Casados:	sólo cónyuge	67	81	68	87
	cónyuge e hijos	29	19	25	13
	cónyuge y otros	4		7	
No casados:	solos	37	65	45	72
	Hijos	41	15	37	16
	Otros	22	19	18	11

*Fuente:* Laslett, 1996<sup>2</sup>, tabla 8.1; Wall, 1996, tablas 2.2 y 2.4.

ro superior de familiares con respecto al pasado, en consecuencia de la más elevada supervivencia y los índices de natalidad relativamente altos registrados hacia la mitad del siglo.

Está claro, por otra parte, que el vivir solos también fue una condición bastante difundida en el pasado, antes del momento clave secular del envejecimiento. Aunque sólo se refieran a algunas localidades rurales y a dos ciudades, los datos referidos por la tabla II, de los que resulta que el 16% de las mujeres vivían solas, ilustran lo que parecía ser una situación normal. Otra impresión que se saca de estas estadísticas es la de una relativa constancia en el tiempo, que parece que se ha mantenido también después del momento clave secular, persistiendo hasta los años sesenta. Ha sido sólo después de esta fecha que en Gran Bretaña, donde la industrialización existía desde hacía más de un siglo y medio, el grupo familiar en el que vivían los ancianos ha padecido una radical transformación. Como ha afirmado Richard Wall, insigne autoridad británica sobre el tema, la posición familiar de los ancianos ha sufrido más cambios a lo largo de los últimos treinta años que en los tres siglos anteriores, desde que se ha empezado a contar con estadísticas fiables. Está igualmente justificado asociar este desarrollo tanto a una segunda transición demográfica o a la llegada de la posmodernidad como a cualquier otra variable relevante, y quizás eso vale sobre todo para Italia, país en que los grupos familiares eran más extensos que en Gran Bretaña.

Estas hipótesis relativas al número de los familiares y a la composición del grupo doméstico han sido objeto de fuertes críticas. Se ha puesto en tela de juicio la validez del método de la microsimulación, y se ha afirmado que al principio del siglo xx en los Estados Unidos los

ancianos vivían preponderantemente con sus hijos (v. Ruggles, 1994). Eso, sin embargo, no vale para Gran Bretaña, como demuestran los datos indicados en las tablas II y III. Aunque algunas de las argumentaciones mencionadas resultaran correctas —y según nuestra opinión eso vale sólo para algunas de ellas— la vieja imagen de la familia que acoge en el propio hogar a los ancianos (constituyendo su único apoyo) difícilmente volverá a aparecer. Además, nada demuestra que los hijos adultos suministren un regular apoyo financiero a los padres ancianos. Por lo que se refiere a la solidaridad intergeneracional, en cambio, las opiniones están bastante encontradas. Los miembros de la red familiar, dondequiera que residan —y el problema de los cambios del modelo residencial es de crucial importancia en los estudios de este tipo— generalmente conservan dentro de lo posible las uniones con la generación más anciana, aunque no vivan bajo el mismo techo. En Inglaterra, por lo que parece, los familiares (tanto parientes directos como colaterales) siempre han ayudado dentro de lo posible a sus parientes ancianos necesitados, y tal vez hoy no menos que en el pasado. La llamada «intimidad a distancia» no es una novedad hoy en día. La conclusión de que vivir solos los ancianos implica necesariamente soledad o abandono es completamente injustificada.

La asistencia por parte de la colectividad es una tradición bien arraigada, y también es posible encontrarla fuera de Europa, hasta en un país como China. En esta zona las carencias de la familia en lo que a esto se refiere son confirmadas por el descubrimiento de que en algunas comunidades de aldeas, formadas casi completamente por grandes familias extensas, se podía encontrar a uno o dos ancianos de sexo masculino viviendo completamente solos. Lo mismo parece ser válido para la Kenia de hoy en día, aunque no sea lícita la comparación entre las posiciones del anciano en la Europa del pasado y en las sociedades extraeuropeas en desarrollo.

Por los elementos que poseemos, podemos llegar a tres conclusiones generales. La familia como grupo de residencia y como red de parentesco aparece como una institución inadecuada para apoyar a los ancianos dependientes, y eso ocurre principalmente por razones demográficas. El Estado de Bienestar, aunque su desarrollo en Estados Unidos parezca reciente, no ha nacido en el siglo xx, sino que tiene raíces mucho más lejanas. La asistencia a los ancianos no era necesariamente una de las funciones del grupo doméstico múltiple coresidencial, allá donde existía este modelo familiar. El fenómeno de la nuclearización ha sido en gran medida irrelevante, por lo menos en la Europa noroccidental y en las sociedades que derivan de ella.

Quizás la función más importante de las técnicas de simulación en los estudios sobre la vejez es la de proveernos de una valoración del número actual de familiares, y de hacer previsiones para el futuro en lo que a esto se refiere, usando la proyección de la probable marcha de algunos índices demográficos (v. Wachter, 1997). De estos estudios emerge la imagen de la familia como «bastón de apoyo», en el que el individuo será introducido en una secuencia de uniones parentales vertical —bisabuelos, abuelos, padres, nietos, bisnietos— aunque normalmente sólo padres e hijos serán corresidentes y la coexistencia espacio-temporal de cuatro o más generaciones será un fenómeno bastante raro. Está claro, sin embargo, que el número de los parientes colaterales sufrirá una fuerte disminución. Además, en países como Estados Unidos una cuota consistente de padres vivientes será constituida por padrastros y madrastras, a causa de la incidencia del divorcio y el cambio de pareja, fenómeno que consideraremos más adelante.

El número de los padres adquiridos no parece destinado a convertirse en algo relevante en Italia, donde actualmente el divorcio y la convivencia no están muy extendidos.

#### 5.d. *Aproximaciones teóricas: los estadios del ciclo o recorrido de la vida*

La solidaridad hacia los ancianos, la disponibilidad de asistirlos, el miedo que suscita la certeza de convertirse algún día en uno de ellos, parecen haberse difundido tanto en el presente como en el pasado. Hay sin embargo claras indicaciones del hecho de que la imagen degradante y negativa de los ancianos (v. Laslett, 1989; tr. it., 1992) tiene raíces lejanas, y podría haberse fortalecido con la desaparición de la sociedad tradicional. El desarrollo, en la mitad del siglo XIX, al aproximarse el momento clave secular, de un embrión de teoría científica de la edad y del envejecimiento, que tuvo su expresión más potente en el modelo médico, inauguró la que quizás pueda ser considerada la época más funesta bajo este punto de vista (v. Katz, 1996, cap. 3). Cuando la gerontología fue formalizada y empezó a presentarse como ciencia social, se formularon unos principios que, al menos en parte, serían irrelevantes cuando la transformación del envejecimiento tomó definitivamente forma. Tales principios en gran medida se cogían de otras disciplinas de las ciencias sociales.

El paso del individuo por las varias fases del ciclo de vida —nacimiento, infancia, adolescencia, boda, procreación, alejamiento de los

hijos, viudedad y muerte— es un tema recurrente en la literatura de todo el mundo —pensemos, para poner un ejemplo, en la famosa escena de Shakespeare sobre las Siete Edades del Hombre. El modelo del ciclo o recorrido de vida articulado en una secuencia de estadios ha constituido un punto de referencia esencial en el estudio de la edad y la vejez en relación a la vida laboral y familiar (v. Hareven, 1994). Tal modelo conserva todavía su validez, aunque a causa del momento clave secular del envejecimiento el último estadio se ha extendido de forma extraordinaria y las transformaciones en la composición de la fuerza del trabajo, por no hablar de las que intervienen en la formación de la pareja y en los comportamientos reproductivos asociados con la segunda transición demográfica (europea y americana), han hecho mucho más complejo el modelo del ciclo de vida. La consistente entrada de las mujeres en el mundo del trabajo ha incidido intensamente en la organización de la vida familiar. Las familias compuestas solamente por uno de los padres e hijos, la extensión del trabajo a tiempo parcial, el aumento de las distancias entre los lugares de residencia, modificadas por la aparición del teléfono, y sobre todo la frecuencia del divorcio y el cambio de pareja —en particular en las áreas anglosajona y escandinava— han hecho de la aproximación basada en el ciclo de vida un campo de estudio tan importante como cualquier otro de las ciencias sociales contemporáneas. Tal aproximación se propone como una válida alternativa a los análisis puramente gerontológicos, poniendo en tela de juicio los principios de inspiración médica que habían basado el estudio de la edad y la vejez exclusivamente en el análisis de la «cuarta edad», generalizada como «edad anciana». A pesar de la falta de elaboraciones teóricas sobre la edad y sobre el envejecimiento que se halla en las ciencias sociales, no han faltado algunas tentativas: la hipótesis de la separación de la vida activa por parte del anciano formulada por Cumming y Henry (v., 1961) en los años sesenta ha gozado durante mucho tiempo de una notable credibilidad, pero hoy en día ésta va disminuyendo respecto a la teoría «activista» de la vejez que se centra en la continuidad con respecto a las edades anteriores. Los propios gerontólogos son conscientes de la carencia de formulaciones teóricas en su área de estudios, y en varias ocasiones han puesto en evidencia la necesidad de encontrar un remedio a ello. Una reciente intervención en este sentido (v. Bengtson y otros, 1997), aparecida en la sección dedicada a las ciencias sociales de los imponentes «*Journals of Gerontology*» (además de en la adjunta publicación «*The Gerontologist*»), divide las recientes teorías en dos o cuatro niveles y en tres o cuatro generaciones. Las subsecciones más significativas son las dos anteriores al

macronivel, *The political economy of ageing* y *Critical gerontology*, de inspiración posmarxista y posmodernista. Bajo este punto de vista la arena intelectual de los estudios sobre la vejez está hoy perfectamente en línea con los tiempos. Pero la traducción de la teoría del ciclo o recorrido de vida en la teoría de la tercera edad, que según nuestra opinión constituye la respuesta adecuada a la transformación del envejecimiento, ha incidido de manera poco visible sobre el corpus de la disciplina en su conjunto, salvo una significativa excepción (v. *Carnegie enquiry...*, 1993). La iniciativa en este sentido la tomaron los ancianos mismos, a través de publicaciones y acciones concretas.

### 5.e. *El emerger de la «tercera edad»*

En Italia, en Francia y en España la expresión «tercera edad» empezó a usarse al final de los años setenta, en conexión con el establecimiento de clases para estudiantes ancianos en las universidades. Sin embargo, las organizaciones de este tipo, por otra parte, no fueron introducidas en el área angloamericana en su forma originaria, y la tercera edad no fue reconocida por los gerontólogos como un estadio del recorrido de vida. En los años ochenta, sin embargo, la «tercera edad» ha recibido una definición demográfica, ha adquirido una precisa relevancia teórica y cultural y hasta su misma organización institucional, con las universidades de la tercera edad de modelo británico (v. Laslett, 1996<sup>2</sup> y 1996).

El recorrido de vida ha sido simplificado drásticamente y reducido a cuatro estadios: una «primera edad» en que ocurre la socialización y la formación educativa; una «segunda edad» caracterizada por la actividad profesional y por la responsabilidad, en particular familiar; una «tercera edad» en que el individuo tiene el tiempo y la posibilidad de cultivar sus intereses y de dedicarse a la realización personal; y finalmente una «cuarta edad» de senescencia y pérdida de la autosuficiencia. El cómputo de los estadios ya no se basa sobre las franjas de edad, y la entrada en la «tercera edad» tiende a ser considerada fruto de una decisión individual, aunque en general se hace coincidir con la jubilación. Ya no se considera lícito hablar de «edad anciana» o «edad senil», y eso significa rechazar la identificación universal de toda la vida poslaboral con los estereotipos negativos asociados con la imagen de la vejez. Este cambio radical de expectativas y actitudes llevará, se espera, a una percepción diferente y más articulada de las condiciones físicas y mentales de los individuos en esta fase de la vida, incluso teniendo

do en cuenta su especificidad. La atención de los gerontólogos se ha ido desplazando de las relaciones familiares a la cooperación espontánea de los ancianos entre ellos y con los miembros de las generaciones más jóvenes, más o menos ligadas por vínculos de parentesco. Se tiende ahora a centrarse más en la autosuficiencia de los ancianos que en la dependencia, y se empieza a prefigurar el modelo de una nueva sociedad en la que la tercera edad —formada por individuos ya libres de las obligaciones impuestas por las dos edades anteriores— ya no es marginada y excluida de la vida activa, sino que participa plenamente en ella.

El emerger de la tercera edad en las sociedades occidentales avanzadas se puede situar alrededor de los años cincuenta, como enseña la figura 3, que pone el fenómeno en relación con las dos transiciones demográficas y con el momento clave secular del envejecimiento. En el ámbito de la discusión sobre la tercera edad (v. Laslett, 1996<sup>2</sup> y 1996) se han fijado algunas condiciones necesarias en la consolidación de este estadio de la vida. Además de parámetros demográficos rigurosamente definidos, las naciones tienen que tener un nivel de riqueza suficiente para garantizar un estándar de vida adecuado a los ancianos, poniéndolos en condición de llevar una vida independiente y de utilizar de la mejor manera posible los años suplementarios concedidos por el momento clave secular del envejecimiento.

Las universidades de la tercera edad son consideradas una institución de vanguardia por los ancianos y, se espera, abrirán el camino a la creación de instituciones análogas y a la afirmación de actitudes y de reglas adecuadas a la cambiante composición de la sociedad. Es esta la respuesta oportuna para la transformación —ya en marcha o todavía por llegar— de la estructura por edad de todas las poblaciones, una respuesta que, obviamente, todavía está en estado embrionario.

## 6. *Tendencias y perspectivas*

El incremento aparentemente ininterrumpido del número de los grandes ancianos y la siguiente institucionalización en el interior de las diferentes sociedades nacionales de la residencia de la tercera edad, representan tendencias destinadas sin duda a seguir en el futuro. El aumento de la media de edad y la expansión del número de ancianos hacen más urgente el problema de la calidad de vida de los miembros de esta franja de la población, a menos que ellos mismos no emprendan iniciativas aptas para dar un sentido a su existencia —pasos que, por lo que parece, no pueden ser sino del tipo de los sugeridos aquí.

Si prescindimos de este problema más bien descuidado, la atención de gerontólogos, sociólogos y científicos políticos tendrá que basarse en medidas sociales, sanitarias y asistenciales necesarias para el apoyo a una población improductiva en constante expansión, y no sólo en la reducción de los gastos de consumo para hacer frente a los costes que el envejecimiento de la población comporta. Para mantener a los ancianos se hacen necesarias consistentes transferencias de la segunda edad a la tercera y a la cuarta, efectuadas con el conocimiento previo de que todos pasaremos por estos estadios de la vida. Pero a los ojos de la mayoría de los observadores, y eso vale en particular para los políticos y para los medios de comunicación, todo eso aparece como un problema, el gran problema del «peso de los ancianos». Esta actitud empeora los estereotipos negativos de los ancianos como destinatarios pasivos, faltos de cualquier papel, aún menos independiente, en la vida social y política activa.

Es probable que esta deplorable actitud negativa aún siga impidiendo durante un tiempo una valoración realista de las perspectivas de los países que han experimentado su momento clave secular del envejecimiento. Como hemos visto con anterioridad, no es ciertamente fácil prever en qué medida aumentará la esperanza de vida y cuáles serán las dimensiones de la población anciana.

Los institutos estadísticos nacionales evitan hablar de crisis, pero según las previsiones de los demógrafos, entre el 2030 y el 2050 el envejecimiento de la población crecerá rápidamente (v. Laslett, 1996<sup>2</sup>, p. 71), y algunos auguran que alrededor de esta fecha la esperanza media de vida podría acercarse a los 100 años. Es opinión compartida que la tendencia al envejecimiento de la población es irreversible, al menos en las sociedades en que el crecimiento económico es sostenido, como las de la Comunidad Europea. El proceso de envejecimiento, sin embargo, ha sufrido una interrupción en los años ochenta en Rusia y en la Europa del este, donde la esperanza de vida está en disminución, mientras eso no vale obviamente para el porcentaje de la población anciana. La hipótesis de que habrá un nuevo incremento en la duración media de la vida en este área parece plausible, pero nada autoriza a concluir que la duración de la vida pueda aumentar indefinidamente, a pesar de la incertidumbre relativa a los límites biológicos de la media de edad.

De algunos análisis políticos y económicos parece surgir la convicción de que para afrontar los costes que comporta el envejecimiento de la población y el aumento de la duración media de la vida no es necesaria una consistente movilización de los recursos existentes o la creación de nuevos recursos. Notables preocupaciones, además, han sido expre-

sadas respecto a la imposibilidad por las generaciones jóvenes, proporcionalmente más exiguas, de hacer frente a los costes de mantenimiento de una población anciana en constante expansión. Algunos estudiosos de econometría, por otra parte, han empezado a subrayar que lo que cuenta es la productividad y no la consistencia numérica (v. Easterlin, 1996<sup>4</sup>). De hecho, el paso de la población activa a la inactiva no ha alcanzado todavía proporciones sin precedentes —en el pasado, en cambio, los pasos de este tipo han sido tal vez mucho más consistentes que los actuales, que ya son exorbitantes (v. Laslett, 1996<sup>2</sup>, cap. 12). Sin embargo, la población anciana se está expandiendo, los costes de la cuarta edad aumentan incesantemente, y a corto o largo plazo los recursos producidos por los sistemas actuales serán insuficientes (v. Gonnott y otros, 1995). El fracaso de muchos planes de pensión contributivos por repartición todavía tiene que ser amortizado, y hay que esperar una disminución del nivel de renta en relación a la riqueza disponible. Los métodos propuestos para afrontar estas emergencias son objeto de una ulterior controversia con respecto a la vejez, que promete ser la más espinosa de todas y para nada confinada al ámbito de la discusión académica.

La amenaza de reducir las pensiones de los funcionarios estatales en el marco de la política de reducción del sistema de bienestar y como consecuencia del aumento de los costes que el envejecimiento de la población comporta, ha empezado a suscitar la protesta de los ciudadanos en forma de huelgas, manifestaciones y trastornos electorales. En Italia, donde en el 1989 las pensiones representaron poco menos que la mitad de los gastos totales de bienestar —la cuota más alta en Europa—, los conflictos han sido particularmente ásperos. Estos desarrollos por fin podrían conducir a los estudiosos a reconocer la importancia de la vejez como dimensión fundamental de la vida no solo individual, sino también social y política. La protesta de los ciudadanos demuestra la incapacidad de ver los problemas en perspectiva de que han dado prueba los gobiernos y otros organismos políticos, que han explotado la ignorancia y la indiferencia generales frente a estos problemas al definir sus políticas de jubilación, que se han revelado completamente ineficaces y necesitadas de una radical revisión. La controversia concierne principalmente a la elección entre dos métodos alternativos de financiación de las pensiones: el del reparto y el de la capitalización. Con el método del reparto las prestaciones a favor de los jubilados se cubren con las contribuciones sacadas a los trabajadores activos, mientras que con el método de la capitalización las contribuciones adecuadamente capitalizadas son destinadas a la constitución de un fondo al cual re-

currir para el siguiente pago de las prestaciones; en este segundo caso, se trata de establecer si tales fondos deben o no ser privatizados. Un elocuente testimonio de los temores de una crisis generalizada como resultado de estos desarrollos es dado por el Banco Mundial en 1994, titulado significativamente *Averting the old age crisis*. Otros observadores sin embargo (v. Johnson, 1997) creen que la situación económica y financiera no justifica tales temores, y que las emergencias y las medidas para afrontarlos son de tipo político. Cualquiera de los dos métodos mencionados, o una combinación de ellos, está en condiciones de proporcionar el mantenimiento de la vasta y creciente población de la tercera edad, a condición de que existan los medios financieros para hacerlo. La financiación del sistema de pensiones no tiene que ser necesariamente público, ya que el ahorro individual y voluntario para la vejez siempre ha existido. La privatización del sistema de pensiones por capitalización no comportaría necesariamente un aumento de recursos.

Cualquiera que sea el resultado de las controversias políticas y teóricas, debe ser observado, si se acepta —como solicita la nueva concepción de la «tercera edad»— como la idea de que cada individuo asuma la responsabilidad de su propia vida hasta el final, siendo entonces justo que cada uno procure constituirse con sus propios ahorros un fondo que le permita garantizarse la subsistencia una vez dejada la actividad laboral —un principio de ahorro que no hace más que extender una regla tradicional (para Italia v. Cigno y otros, 1997).

Uno podría pensar que el sistema de la previsión complementaria equivale a la renuncia por parte del Estado a un deber que le compete desde hace un tiempo inmemorial, el de hacerse cargo de los ancianos. Pero tal obligación nace de la situación de necesidad de los individuos, y los ancianos antes del momento clave secular eran considerados universalmente como individuos necesitados —y lo mismo todavía vale, en amplia medida, desafortunadamente, hasta en las llamadas sociedades avanzadas. Los movimientos en favor de los que, por elección o forzadamente, han dejado toda actividad laboral aunque todavía estén en condición de trabajar —es esta la situación de los individuos en la tercera edad—, pertenecen a una categoría bastante diferente, análoga pero no idéntica a la de los movimientos en favor de los parados. Un sistema de jubilaciones que combinara la previsión complementaria obligatoria y la financiación de las prestaciones por medio de los impuestos generales donde ésta se demostrara insuficiente (en caso de enfermedad, paro, etcétera), respetaría los dos principios de la responsabilidad individual y la responsabilidad colectiva (v. Laslett, 1996<sup>2</sup>;

v. Falkingham y Johnson, 1993), y dejaría inviolado el «contrato intergeneracional».

La definición del contrato intergeneracional permanece controvertida (en el ámbito de la vasta literatura sobre el tema v. entre otros Bengtson y Achenbaum, 1993; v. Laslett y Fishkin, 1992). La interpretación más aceptada, sin embargo, es aquella según la cual las prestaciones a favor de los jubilados deberían ser pagadas por la colectividad por medio de los impuestos generales, tomando en consideración las contribuciones pagadas en el pasado y las contribuciones de otro tipo suministradas por ellos a la vida nacional, y el apoyo dado a los hijos y a las generaciones que se encuentran ahora en la fase productiva del ciclo de la vida. Se trata de una interpretación que, aunque incoherente con un principio de equidad dinámica, goza sin embargo de notable crédito, sobre todo entre las izquierdas progresistas. Cada desviación de este modelo es juzgada negativamente como un rechazo por parte del Estado de apoyar a los ancianos, y la penetración del mercado en el sistema de pensiones por medio de la privatización es considerada una herejía. Los estudiosos de la vejez se encuentran aquí de frente con una compleja coyuntura política y social que impone difíciles definiciones y distinciones teóricas hasta ahora descuidadas por las ciencias sociales.

Mientras tanto, sin embargo, van difundiéndose en todo el mundo sistemas de pensiones adecuados a la realidad de la tercera edad, y el principio de la previsión complementaria gana progresivamente terreno hasta entre las clases obreras y sus representaciones sindicales, como por ejemplo ocurre en Australia (v. Olsberg, 1997). Hemos sugerido con anterioridad que el modelo de vida de la tercera edad ya no tendrá como punto de referencia fundamental a la familia y a las uniones familiares —en constante decadencia, al menos por lo que concierne el número de parientes directos. Sin embargo, los estudios de simulación demuestran que en el curso del tiempo habrá una significativa ampliación de las redes parentales, incluida la de las generaciones más ancianas, tanto en forma de extensión de las uniones de parentesco ascendientes y descendientes, como en forma de un aumento, en dirección tanto vertical como horizontal, del número de los parientes adquiridos. Ya existen numerosos estudios sobre el asunto para los Estados Unidos (v. Bengtson y Robertson, 1985; v. Bengtson y otros, 1996<sup>4</sup>), mientras que para los demás países la investigación todavía no se ha iniciado. Estas relaciones familiares, y eso también vale para las adquiridas, pueden ser muy firmes y satisfactorias, ofreciendo perspectivas alentadoras por lo que se refiere tanto al apoyo a los ancianos dependientes,

como en general a la vida social de la tercera edad. Estos desarrollos tienen una evidente relevancia por cuanto atañe a la educación y a la socialización de los nietos, que constituyen una de las características más significativas de la evolución social y quizás biológica que se da en las sociedades contemporáneas. Este tipo de funciones, que podrían convertirse en deberes que cada miembro de la nueva tercera edad tiene que asumir, ilustra el papel que esta franja de la población probablemente tendrá en el futuro, cuando haya adquirido un grado de solidez que le permita negociar sus tareas sociales desde una posición de independencia. Según la opinión de algunos observadores, sin embargo, el cambio de la estructura familiar y el excesivo envejecimiento de la población constituyen una amenaza para la estabilidad estructural de las sociedades avanzadas, y en este caso la política adoptada espontáneamente por la tercera edad en relación con las tareas, como por ejemplo el cuidado de los nietos, podría llegar a sustentar globalmente a la sociedad.

### *7. Conclusión*

Esperamos que nuestro análisis de la vasta y compleja problemática de la vejez desde el punto de vista de la sociología histórica, que se ha centrado en particular en el momento del cambio secular, en el emerger de la tercera edad y en las políticas contemporáneas respecto a la generación anciana, haya proporcionado un cuadro adecuado de la vejez y el envejecimiento como fenómenos sociales. Hemos tratado de analizar tales fenómenos en el marco de la modernización, de las dos transiciones demográficas y de la crisis del Bienestar de los años noventa para contextualizar un aspecto de la realidad social que muy a menudo se considera aisladamente. Nos hemos visto obligados a descuidar muchos aspectos relevantes, cosa por otra parte inevitable vistos los límites de la presente disertación. Eso vale en particular para la antropología, con su estudio profundizado de las sociedades organizadas en franjas de edad y las ilustradoras investigaciones de estudiosos como Eugene Hammel, Barbara Myerhoff, Meyer Fortes y David Kertzer (v. Kertzer y Keith, 1984). Hace falta observar sin embargo que las ciencias sociales todavía tienen que contestar de modo adecuado al nivel de la reflexión teórica respecto a los retos intelectuales impuestos por el cambio secular y por el emerger de la tercera edad. Los horizontes tendrán que ser ampliados en medida significativa, y será necesario escuchar a los ancianos mismos, tomando en consideración, mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora, sus opiniones y sus acciones.

## Bibliografía

- BENGTSON, V.L., ACHENBAUM, W.A. (Edit.), *The changing contract across generations*, New York 1993.
- BENGTSON, V.L., BURGESS, E.O., PARROTT, T.M., «Theory, explanation and a third generation of theoretical explanation in social gerontology», in *Journal of gerontology, social sciences*, 1997, LII, 2.
- BENGTSON, V.L., ROBERTSON, J.F. (Edit.), *Grandparenthood*. London 1985.
- BENGTSON, V.L., ROSENTHAL, C., BURTON, L., *Paradoxes of families and aging*, in *Handbook of aging and the social sciences* (Editor R.H. Binstock y otros), 3 vol., New York-London 1996.
- BINSTOCK, R.H. y otros (Edit.), *Handbook of aging and the social sciences*, 3 vol., New York-London 1996.
- BONGAARTS, J., BURCH, T.K., WACHTER, K.W., *Family demography: methods and their application*, Oxford 1987.
- BOSHUIZEN, J.C., WATER, H.P.A. VAN DE, *An international comparison of health expectancy*, TNO Health research, Leiden 1994.
- BOURDELAIS, P., *L'âge de la vieillesse*, Paris 1993.
- , *Carnegie enquiry into the third age. Final report*, Carnegie United Kingdom Trust, London 1993.
- CHARLTON, J., MIKE, M. (Edit.), *The health of adult Britain*, London 1997.
- CHESNAIS, J.C., *La transition démographique: étapes, formes, implications économiques*, Paris 1986.
- CIGNO, A., ROSATI, F., BALESTRINO, A., «Pension impact on fertility and household savings: a comparative study of Britain, Hungary and Italy», in *Pension systems and reforms: Britain, Hungary, Italy, Poland, Sweden* (Edit. M. Augsztinovics), Budapest 1997.
- COLEMAN, R. (Edit.), *Designing for our future selves*, London 1993.
- COLEMAN, R., «Improving the quality of life of older people by design», in *Proceedings of the second international conference on gerontechnology* (Edit. J. Graafmans), Helsinki (en prensa).
- CORNARO, L., *Discorsi de la vita sobria*, Milano 1623.
- CUMMING, E., HENRY, W.E., *Growing old: the process of disengagement*, New York 1961.
- EASTERLIN, R.A., «Economic and social implications of demographic patterns», in *Handbook of aging and the social sciences* (Edit. R.H. Binstock y otros), 3 Vol., New York-London 1996.
- EVANS, J.G., HOLLIDAY, F.R., KIRKWOOD, T.B.L., LASLETT, P., TYLER, L. (Edit.), *Aging, science, medicine and society. Philosophical transactions of the Royal Society*, Series B. CCCLII. 1363, London 1997.
- FALKINGHAM, J., JOHNSON, P., *A unified pensions scheme for Britain*, Discussion paper WSP/96 of the Welfare State programme of the London School of Economics, London 1993.
- FRIES, J.F., «Aging, natural death and the compression of morbidity», in *New England journal of medicine*, 1980. CCCIII, pp. 130-138.

- FRIES, J.F., «The compression of morbidity, near or far?», in *The Milbank quarterly*, 1989, LXVII, 2, pp. 208-232.
- FRIES, J.F., CRAPO, L.M., *Vitality and aging: implications of the rectangular curve*, San Francisco 1981.
- GAVRILOV, L.A., GAVRILOVA, N.S., *The biology of the life span: a quantitative approach*, London 1991.
- GONNOT, J.P., KEILMAN, N., PRINZ, C., *Social security and family dynamics in aging society*, London 1995.
- GRAAFMANS, J. (Edit.), *Proceedings of the second international conference on gerontechnology*, Helsinki (en prensa).
- HAREVEN, T.K. (Edit.), *Aging and generational relations over the life course: a historical and cross-cultural perspective*, Berlin 1994.
- HAYFLICK, L., *How and why we age*, New York 1994.
- HOLLIDAY, R., *Understanding aging*, Cambridge 1995.
- HUPPERT, F.A., BRAYNE, C., O'CONNOR, D. (Edit.), *Dementia and normal aging*, Cambridge 1994.
- JOHNSON, P.A., «Fiscal implications of population aging», in *Aging, science, medicine and society. Philosophical transactions of the Royal Society* (Edit. J.G. Evans y otros), Series B, CCCLII, 1363, London 1997, pp. 1895-1903.
- KANNISTO, V., *Development of oldest-old mortality from 28 developed countries*, Odense 1994.
- KANNISTO, V., *The advancing frontier of survival. Odense monographs on population aging*, nn. 1 y 3, Odense 1997.
- KANNISTO, V., LAURITSEN, J., THATCHER, A.R., VAUPEL, J.W., «Reductions in mortality at advanced ages, several decades of evidence from twenty-seven countries», in *Population and development review*, 1994, XX, pp. 793-810.
- KATZ, S., *Disciplining old age: the formation of gerontological knowledge*, London 1996.
- KERTZER, D.I., KEITH, J. (Edit.), *Age and anthropological theory*, Ithaca, N.Y., 1984.
- KERTZER, D.I., LASLETT, P. (FRIES), *Aging in the past: demography, society and old age*, London-Berkeley, Cal., 1996.
- KIRKWOOD, T.B.L., *Repair and its evolution in physiological ecology: an evolutionary approach to resource use*, Oxford 1981.
- KIRKWOOD, T.B.L., FRANCESCHI, C., «Is aging as complex as it appears?», in *Annals of the New York Academy of Science*, 1992, DCLXIII, pp. 412-417.
- KIRKWOOD, T.B.L., ROSE, M.R., «Evolution of senescence: late survival sacrificed for reproduction», in *Philosophical transactions of the Royal Society, B*, 1991, CCCXXXII, pp. 15-24.
- LASLETT, P., *A fresh map of life: the emergence of the third age* (1989), London 1996.
- LASLETT, P., «Necessary knowledge», introducción a *Aging in the past: demography, society and old age* (Edit. D.I. Kertzer y P. Laslett), London-Berkeley, Cal., 1996.

- LASLETT, P., «Design slippage over the life course», in *Proceedings of the second international conference on gerontechnology* (Edit. J. Graafmans), Helsinki (en prensa).
- LASLETT, P., FISHKIN, J.S., *Justice between age groups and generations*, New Haven-London 1992.
- LASLETT, P., OEPPE, J., SMITH, J., «La parentela estesa verticalmente dell'Italia del XXI secolo», in *Polis*, 1993, VII, 4, pp. 121-139.
- LE BRAS, H., «Le natalisme», in *Démographie politique*, Dijon 1997.
- LEHMANN, H.C., *Age and creativity*, Princeton, NJ., 1953.
- LESTAEGHE, R., «The second demographic transition in Western countries, an interpretation», in *Gender and family change in industrialized countries* (Edit. K. Oppenheim y otros), Oxford 1995.
- MAYER, K.U., BALTES, P.B. (Edit.), *Die Berliner Alterstudie*, Berlin 1996.
- MEDAWAR, P.B., «An unsolved problem in biology», London 1952 in *The uniqueness of the individual*, New York 1981.
- OLSBURG, D., *Aging and money: Australia's retirement revolution*, Sydney 1997.
- OLSHANSKY, S.J., CARNES, B.A., «Demographic perspectives on human senescence», in *Population and development review*, 1994, XX, 1, pp. 57-80.
- POON, L.W., *Everyday cognition in adulthood and late life*, Cambridge, 1989.
- POSNER, R.A., *Aging and old age*, Chicago 1995.
- RILEY, M.W., KAHN, R.L., FONER, A., *Age and structural lag*, New York 1994.
- ROBINE, J.M., ALLARD, M., «Validation of exceptional longevity, the case of a 120years old woman», in *Facts and research in gerontology*, 1995.
- ROBINE, J.M., MATHERS, L., BROUARD, N., «Trends and differentials in disability-free life expectancy», Ponencia presentada en *Conference on health and mortality among elderly populations: determinants and implications*, Sendai 1993.
- ROWLAND, D.T., «Old age and the demographic transition», in *Population studies*, 1984, pp. 73-87.
- RUGGLES, S., «The transformation of American family structure», in *American historical review*, 1994, IC, 1.
- THOMAS, W.J., *Human longevity: its fears and its fictions*, London 1873, 1879.
- VAN DE KAA, D.J., «Europe's second demographic transition», in *Population bulletin of the United Nations*, 1987, XLII, 1, pp. 1-53.
- WACHTER, K.W., «2030's series: kin and step-kin», in *Aging, science, medicine and society. Philosophical transactions of the Royal Society* (Edit. G. Evans y otros), Series B, CCCLII, 1363, London 1997.
- WALL, R., «Elderly persons and members of their households in England and Wales from pre-industrial times to the present», in *Aging in the past: demography, society and old age* (Edit. D.I. Kertzer e P. Laslett), London-Berkeley, Cal., 1996.
- WILMOTH, J. y otros, «The oldest man ever? A case study of exceptional longevity», in *The gerontologist*, 1996, XXXVI, 6, pp. 96-104.
- WORLD BANK, *Averting the old age crisis* New York-Oxford 1994.

- WRIGLEY, E.A., DAVIS, R.S., OEPPEN, J.E., SCHOFIELD, R.S., *English population history from family reconstitution*, Cambridge, 1997.
- WRIGLEY, E.A., SCHOFIELD, R.S., *The population history of England, a reconstitution* (1981), Cambridge 1989.
- YOUNG, M., SCHULLER, T., *Life after work: the arrival of the ageless society*, London 1991.
- ZHAO, Z., «Record longevity in Chinese history, evidence from the Wang genealogy», in *The advancing frontier of survival. Odense monographs on population aging*, n. 2 (Edit. B. Jeune y J.W. Vaupel), Odense 1995.